

Hé aquí una explicacion que si bien es capaz de alucinar á los que confunden los juegos del ingenio con la solidez y la belleza de las comparaciones con la fuerza del raciocinio, sin embargo, examinada á la luz de una sana filosofia solo presenta la superficialidad y los errores consiguientes á un estudio ligero de las cuestiones que exigen detenimiento y meditacion. Sin duda es muy poco filósofo buscar en las ilusiones y la ignorancia el origen de una idea que sugiere la misma naturaleza, pues se encuentra igualmente en los hombres sencillos y en los sabios mas distinguidos, y que léjos de ser destruida por los adelantos científicos, ántes bien, sirve de base á las mas altas meditaciones, á los mas sérios estudios, á las mas delicadas observaciones de la ciencia de los Cielos. ¿Y qué diremos de la igualdad de los radios de la esfera explicada por *el error de que todas las estrellas distan igualmente de nosotros?* ¿Quién en fin podrá tolerar la grosera idea de traer con el pensamiento á todos los astros, sea cual fuere la diferencia de sus distancias, para tachonar con ellos una superficie esférica ficticia, que no tenga mas objeto que complacer las ilusiones de los sentidos y los juicios de la ignorancia? Busquemos pues explicaciones mas sensatas y que se avengan con la exactitud de las Matemáticas.

No podemos pasar por el falso supuesto de que la esfera celeste está determinada solo por las visuales que dirigidas á los astros terminan en ellos. Esto seria menos inadmisibile si fuera de los astros no hubiera en el cielo sino la pura nada, porque en la nada seria imposible prolongar líneas; y si del otro lado de un astro solo quedara la nada, la línea que se dirigiera al astro, necesariamente debiera terminar en él. Mas es preciso reconocer que todos los espacios que median entre los cuerpos celestes y entre ellos y la Tierra están ocupados por uno ó varios fluidos, de manera que el Universo es un sólido geométrico propiamente dicho. Esto lo convence 1.º la propogacion de la luz desde las partes mas remotas de los Cielos hasta nosotros: la sentencia generalmente adoptada atribuye la luz al movimiento de un fluido sumamente sutil; es necesario pues que este fluido se encuentre difundido en todo nuestro derredor hasta las mas lejanas distancias de los astros, porque de otra manera no podria llegarnos su luz; y por la misma razon es necesario que este fluido no deje concavidades vacias en todo el intermedio de nosotros á los astros, porque aquellos vacíos interrumpirian las ondulaciones é impedirian que nos llegara la luz. 2.º Lo mismo prueba la accion mútua que debemos reconocer en todos los cuerpos celestes: la idea mas grandiosa que podemos formar del orden general del Universo es la que nos lo presenta como el resultado de una vastísima combinacion de innumerables fuerzas, concebida y realizada por la Sabiduría infinita; mas seria inconcebible que unos cuerpos separados por enormes distancias y entre los cuales solo mediara la nada, pudiera ejercer alguna accion entre sí, porque entónces se hallarian todos en el mas completo aislamiento, sin ningun medio de comunicacion, á no ser que se dijera que se comunicaban por la nada, lo cual es absurdo. 3.º En fin las mismas distancias de los astros entre sí y la inegable realidad del espacio en que están diseminados, no existirian, si fuera de los astros nada mas hubiera en el Cielo, porque en esas distancias y en ese espacio hay verdadera extension, y si en ellos no hubiera algo corpóreo, seria necesario admitir ó que la nada era

extensa ó que una propiedad cual es extension, existia en la naturaleza por sí sola sin sujeto en que residir, lo cual es opuesto á las leyes naturales. En los Cielos pues hay algo mas que los puros astros; de aquí es que aun el comun sentir de los hombres considera á los astros, no como el único constitutivo, sino como el ornato del firmamento.

Mas las medidas del Cielo deben comprender todo el Cielo; no podemos pues considerar que los radios de la esfera celeste terminen sino donde termine el Cielo, sea que en su camino encuentren ó no con algun astro. Esto es incuestionable: los astros no ocupan todos los puntos de la bóveda celeste; ¿cuántas partes de esta se nos presentan en las noches serenas en que no se descubre sino el espacio inmerso con su imponente oscuridad? lo mismo se verifica observando el Cielo con el telescopio; y sin embargo, tambien por esos espacios en que no se descubre ningun astro, corren los radios de la esfera celeste á los cuales sin duda no les consideramos otro término que el que tengan los mismos espacios. En la observacion de la paralaje de las estrellas tan léjos estamos de considerar que terminan en ellas las líneas que debian dar la paralaje, que ántes por el contrario allí es donde se cruzan para formar al otro lado un ángulo igual al que hubieren formado al llegar á la estrella; y estas líneas que partiendo de los extremos del eje de la órbita terrestre, se cruzan en las estrellas y se prolongan mas allá formando ángulos opuestos al vértice, ¿dónde podrán terminar sino en los límites del espacio celeste? Así tambien se explica como los movimientos de los astros no estorban la inmovilidad de los puntos del Cielo porque los puntos en que terminan allá en el espacio las líneas dirigidas á los lugares sucesivos de un astro permanecen inmóviles. En fin si los astros son el preciosísimo ornato de los Cielos, la inmensidad de su extension es un objeto todavia mas sorprendente y que por lo mismo reclama de preferencia la atencion de nuestra ciencia; no podemos pues suponer que la Astronomía ocupándose solo de las distancias de los astros, se haya desentendido de apreciar del modo que le fuere posible el valor de la extension de los Cielos; ¿y qué otra cosa puede designarse como destinada á este interesantísimo objeto sino la consideracion de la esfera celeste? Ella pues es la apreciacion de la extension del Mundo.

Procuremos ahora explicar como formamos su idea. Lo primero que interesa conocer en un cuerpo que se sujeta á un estudio matemático, es el valor de su extension; luego si como hemos probado el Universo es un gran cuerpo y si por otra parte la Astronomía que se ocupa de él es ciencia sujeta á las Matemáticas, lo que ante todo debe hacer es apreciar su extension; mas la extension del Universo nos rodea por todas partes y las líneas que nos separan de sus límites son siempre de un valor superior á cualquiera que nos sea posible determinar por nuestras medidas; luego nuestra ciencia no podrá expresar este valor sino por ∞ : mas desde luego que entremos en el terreno del infinito no podemos tener desigualdad por causa de ningunas cantidades infinitas añadidas ó sustraídas, y no habiendo en todas las líneas que nos separan de los extremos de la extension de los Cielos, sino un solo orden de infinito, aparece en ellas la igualdad matemática de valor: mas la igualdad matemática de todas las líneas que corren en todas direcciones de un punto dado á todos los puntos de una superficie, nos dá

la forma esférica; luego al apreciar matemáticamente la extensión del Cielo, nos resulta éste con la forma de esfera. Hé aquí como no fué necesario ocurrir á las ilusiones de la perspectiva ni á los juicios de la ignorancia para explicar la esfera celeste.

Resulta también de lo dicho que la esfera celeste no se considera hueca, sino sólida geométricamente; que los astros no se consideran como engastados en su superficie, sino repartidos en su interior; y así cuando señalamos la posición de un astro en el Cielo, no hacemos otra cosa sino designar el punto á que dicho astro corresponde por la línea del ojo al astro y al límite del espacio celeste.

CONSECUENCIAS.

1.ª La discusión que antecede, da por resultado que los que contradijeron la idea que reconocía en la Tierra el centro del Cielo fundándose en el movimiento anual que á aquella se atribuye el sistema de Copérnico, no hicieron otra cosa que sacar fuera de su esfera los estudios sobre el sistema planetario. Estos estudios son de orden muy inferior para que influyeran en una cuestión en que se trata de nuestras relaciones directas con la Creación: entre la una y los otros hay tanta distancia, cuanta se encuentra entre investigar el papel que representamos en medio de millones de astros repartidos en un espacio inmenso, y buscar nuestra posición en un espacio, relativamente á aquel, imperceptible, donde se mueven unos cuantos pequeños cuerpos: para designar un centro al Universo del modo que nos es posible hacerlo, nada tiene que ver que la Tierra se mueva ó no, que esté aquí ó allí en el interior del sistema planetario: en ambos casos la investigación seguirá el mismo camino, y las razones con que se decida la cuestión tendrán siempre la misma fuerza. Cuando nos elevamos hasta á contemplar todo el magnífico conjunto de obras estupendas que llamamos *Cielo* y nuestras relaciones directas con su totalidad, podremos detenernos y mudar de modo de pensar por movimientos ó diferencias que colocados á esa altura no podemos estimar sino en *cero*? ¿No sería un absurdo querer resolver una cuestión de tal naturaleza buscando nuestras relaciones con Mercurio, Venus, Marte, etc., y pretendiendo después que las que tengamos con estos poquitos y pequeños cuerpos sean las mismas que guardamos con el orden universal de los Cielos, con todo el Mundo en cuanto puede sujetarse á nuestro estudio? Levantemos los ojos, contemplemos la inmensidad del firmamento y resolvamos.

Galileo, como si los Cielos fueran tan de poca importancia, para decidir la cuestión sobre su centro no quiso entrar en aquellas elevadas consideraciones que fijan las relaciones de un cuerpo en particular con el orden universal tal cual debemos estudiarlo, sino que pretendió sujetar al Universo á lo que de él resolviera respecto de los planetas; quiso que el Mundo recibiera la ley de unos siete pequeños cuerpos, y por esto luego que puso al Sol de jefe de esta insignificante familia, llamó á los Cielos, á la Creación entera para que lo reconociera y le rindiera homenaje como á su soberano, porque por más que para esto los hubiera desatendido, y humillado, ya jamás le permitiría reconocer á ningún otro.

2.ª Debiendo ocuparse la Astronomía no solo del estudio de los planetas, sino también del de el Cielo en la más amplia acepción de esta palabra; siendo una necesidad imprescindible en este estudio referir el Cielo ó el Universo á un centro; no habiendo obstáculo por causa del movimiento anual terrestre, en el caso apreciable en O, para que cuando la Tierra y el Cielo se estudian en sus relaciones directas, aquella se tome por centro de éste; teniéndose todavía como necesaria y exacta la consideración del Cielo bajo la forma de una esfera que reconoce su centro en la Tierra; siendo inconcuso que aun en el estado actual de la ciencia, se fija en la Tierra el centro del Cielo en multitud de casos prácticos que se sujetan al rigor de las Matemáticas, no había razón para rehusarse á suscribir unas proposiciones en que se hablaba de la Tierra como centro del Mundo, supuesto que todavía hace este papel en los estudios astronómicos que tienen por objeto directo el Cielo ó el Mundo en su acepción propia.

3.ª Tampoco había razón para interpretar en sentido impropio las expresiones de los Santos Padres ó Doctores que llamaron á la Tierra centro del Mundo ó del Cielo, ni para decir que no habían discutido suficientemente la cuestión; siendo así que cuando esos grandes hombres llamaron á la Tierra centro del Mundo, no hablaban de una parte del Universo, como es el sistema planetario, sino de su totalidad, y colocados en tan elevado punto de vista, muy superior al de los estudios sobre los planetas, buscaban el centro que debía reconocer el Mundo observable, investigando sus relaciones directas con un cuerpo determinado, con aquel que es para el hombre el punto de observación y en que respecto de la totalidad del Universo, según se ofrece á nuestro estudio, se realizan las condiciones de centro; lo cual era discutir y resolver la cuestión por sus propios principios. Para demostrarlo, no molestaremos á nuestros lectores con muchas citas: nos bastarán las de dos de estos respetables escritores.

Sea el primero San Isidoro de Sevilla en sus libros de las Etimologías. ¿Qué entiende por Astronomía? «La Astronomía, dice, es la ley de los astros, (1) que investiga el curso, la figura y las relaciones de las estrellas entre sí y con la Tierra.» Hé aquí desde luego dos ideas que no debemos dejar pasar desapercibidas. 1.ª Que la Astronomía tiene por objeto la totalidad del Universo en cuanto puede sujetarse á nuestro estudio. 2.ª Que le merecen particular atención é investigación especial las relaciones directas del Cielo con la Tierra.

¿Qué entiende por Mundo? «El Mundo, dice, es el Cielo, la Tierra, el Mar, y todas las obras de Dios que hay en ellos: es aquel de que se dice: *Y el Mundo [ué hecho por El]* [por el Verbo.]»

¿Qué entiende por esfera celeste? «Es cierto aspecto del Cielo en forma redonda.» Hé aquí el Cielo considerado tal cual se ofrece á nuestra contemplación y estudio.

Según esto, cuando nos dice que la Tierra es en el Mundo á manera de centro: *instar centri*, que la esfera celeste es un aspecto del Cielo reconociendo como centro á la Tierra: *coeli species quaedam in rotundum forma-*

(1) Esto importa la etimología de la palabra que viene de las griegas *αστρον*, el astro, y *νομος*, la ley.

ta, *cujus centrum Terra est*, ¿no es evidente que se refiere á la totalidad de la creacion y á nuestras relaciones directas con la misma segun se ofrece á nuestro estudio? ¿No es cierto que su consideracion es la misma que tienen todavia en multitud de casos el geógrafo y el astrónomo, v. g., al estudiar las dos esferas celeste y terrestre, al aplicar al Cielo la Trigonometría esférica?

Sto. Tomás igualmente entiende por Mundo toda la creacion, como puede verse en su obra *De Coelo et Mundo*. Respecto de la esfera celeste, no solo la tiene como una consideracion, sino que se propone probar que la figura real en que termina el Universo es esférica; y cuando llama á la Tierra centro del Mundo, habla de la creacion material entera que nosotros estudiamos, de esa esfera inmensa que llamamos la esfera celeste. Sus razones son varias de las expuestas al discutir el punto 5.º

Luego las ideas de los ingenios sublimes que tanto venera la Iglesia, no podian ser destruidas por los estudios sobre el sistema planetario. Cuando discutieron la cuestion del centro del Universo y la resolvieron reconociéndolo en la Tierra, fijaron desde luego su mirada en la totalidad de las obras que ha presentado á nuestra admiracion la Eterna Sabiduria é investigaron nuestras relaciones naturales con ese mismo todo, atendido el órden que despliega á nuestra vista y de que nos es imposible prescindir en nuestros estudios; es pues evidente que para entenderlos con exactitud era indispensable elevarse á la misma altura, y que nuestras relaciones con los Cielos jamas serian debidamente apreciadas si querian determinarse por las que guardamos con Venus, Júpiter ó Saturno. Los Santos Padres ó Doctores hablaban en este punto con propiedad y sus expresiones son sostenibles en el rigor de las Matemáticas. Si no es así, tambien sentaremos que cuando el astrónomo en multitud de cuestiones prácticas fija en la Tierra el centro del Cielo, toma la impropiedad y la inexactitud por base de sus aplicaciones matemáticas: que cuando busca la distancia de las estrellas al polo, entre sí ó á los puntos equinocciales; cuando determina la longitud y latitud, la ascension recta y declinacion de los astros, sus ángulos de posicion, sus variaciones anuales etc: en una palabra, que generalmente en todos sus estudios de la esfera celeste en que procede con la severidad de las Matemáticas y considerando á la Tierra como centro, se está fundando en un supuesto que de ninguna manera puede admitir la exactitud de las ciencias. El caso es el mismo absolutamente.

4.º Tampoco hay obstáculo ninguno por parte de las ciencias aun en el estado en que actualmente se encuentran, para que se entiendan de una fijeza propiamente dicha en nuestro globo, varios lugares de las Sagradas Letras en que considerándose la Tierra en contraposicion con el Cielo se le llama estable, fundada etc. (Advertimos desde luego que de ninguna manera nos proponemos fijar el sentido de estos lugares, lo cual pertenece á la Iglesia; lo único que decimos es que por parte de las Matemáticas y la Astronomía no hay dificultad ninguna para entenderlos de una estabilidad matemática.) La palabra Cielo, segun dice Santo Tomás exponiendo el cap. 6 de San Juan, se toma en tres sentidos en las Sagradas Letras: ó significa el lugar ocupado por la Atmósfera, ó aquel en que se hallan todos los astros, ó el premio que está prometido por Dios á los justos. En el segundo senti-

do frecuentemente se habla en la Escritura del Cielo; y es muy comun contraponerlo á la Tierra que siempre le merece particular atencion; así es que en estas dos palabras, el Cielo y la Tierra, comprende al Mundo. Mas nosotros hemos demostrado que cuando la Tierra se considera en su relacion directa con el Cielo tomado en ese sentido, cualquier movimiento de traslacion que pudiera estorbar la fijeza, es apreciable en cero; y es inegable que un movimiento=0, da un verdadero reposo en la estimacion rigurosa de las Matemáticas: y no solo en esta estimacion, sino aun en la gramatical de la palabra; porque como observamos antes, la palabra quietud no puede importar en su sentido real y práctico sino carencia de movimiento apreciable, supuesto que estando toda la naturaleza en accion, jamas podremos afirmar sin temeridad la carencia absoluta de todo movimiento ni aun en la parte de materia que nos pareciera mas quieta.

Las ideas de los Libros Santos son altísimas, cual convenia que lo fuesen las expresadas por la infinita Sabiduria que en ellos se dignó hablar á los hombres: cuando estos Libros nos hablan de la Creacion material, se ocupan frecuentemente de la Tierra de que cuida de un modo especial la Providencia por ser la morada del hombre; por lo demas, al sistema planetario bajo este carácter, no recordamos que lo nombren, sino que presentan de un solo golpe de vista, la obra de Dios en toda su magnificencia, nos hablan del Cielo. ¿Como era posible que Galileo entendiera rectamente lo que se dice de la Tierra con relacion al Cielo estando dominado por el pensamiento del sistema planetario? ¿Y que razon, que filosofia podia haber en la pretension de que lo que no pudiera decirse de la Tierra con relacion á los planetas, tampoco pudiera decirse de la Tierra con relacion á los Cielos? Esto era querer medir las grandiosas ideas de los Libros Divinos por la pequeñez de lo que el hombre llama sus grandes descubrimientos

PRESBITERO, AGUSTIN DE LA ROSA.

REVISTA.

TRISTE NOTICIA PARA LOS PROTESTANTES: CONVERSIONES AL CATALICISMO EN LONDRES EN EL ESPACIO DE UN AÑO.—Dice el "Morning Star": "El Herald" de Norfolk, Inglaterra, publica una escena animada que ocurrió hace pocos dias con motivo de la eleccion de los miembros del consejo de fábrica de la iglesia de San Juan en esta misma ciudad."

«El ministro protestante encargado de dicha iglesia, el reverendo Rumsey parece haber perdido mucha popularidad por haber querido introducir prácticas ritualistas en el oficio divino. El presidente de la reunion Mr. Chamberlain dirigiéndose al referido ministro, exclamó: "Señor, vd. desea introducir prácticas ritualistas en esta Iglesia, y nosotros los parroquianos no las queremos admitir. Yo me opondré á esta novedad con toda la energia posible, aun cuando deberia gastar para este fin mas de mil libras esterlinas. No queremos ver el papismo en esta iglesia. Es una verdadera abominacion y una deshonra para la Iglesia protestante episcopal de Inglaterra el encerrar en su seno el Puseismo, el Ritualismo y el Papismo. Nuestros antecesores protestantes murieron por la fé; pero durante el año pasado, á consecuencia de la imprudente adopcion de estas prácticas ritualistas, solo en Londres 2,000 personas se unieron á la Iglesia de Roma."

¡Dos mil personas unidas á la Iglesia de Roma, solo en Lóndres, solo en un año! Así pierde terreno el protestantismo, que viene á México á civilizarnos.

«LA CIVILIZACION YANKEE.—Las revelaciones hechas ante el tribunal por los testigos que han declarado en la causa del jóven parricida Walworth, han descubierto el velo que cubria las repugnantes miserias y luchas de tantas familias.

El difunto Walworth maltrataba á su esposa de un modo brutal, y las innumerables cartas que le dirigió despues de su separacion, de las cuales unas se han leído en pleno tribunal y otras no han podido leerse por no ofender los oídos, parecen escritas por un ébrio, por un loco ó por un demonio en forma humana. En ellas niega á Dios, escupe á la religion, insulta á su hermano sacerdote, reniega de su difunto padre, maldice á su mujer, amenaza con la muerte á sus parientes y sus hijos, y profiere otras mil heregias y desatinos en el lenguaje mas vulgar, mas indecoroso y mas ofensivo. Despues de todo, no es extraño que un mónstruo semejante produjera un hijo parricida. El argumento de la defensa es ingenioso: estas cartas se han presentado como evidencia de que el difunto Walworth no estaba en su cabal juicio, que su locura la ha heredado su hijo Frank, y que por consiguiente, no puede pedírsele cuenta del parricidio.

—Del Estado de Virginia comunican otro crimen horrendo, un fratricidio, cometido con la mayor sangre fría por un muchacho de diez y siete años, á instigacion de su mismo padre. El padre vivia con su hijo menor en una tienda de su propiedad, en un pueblecito del campo, y el hijo mayor solia ir en estado de embriaguez á pasar el rato en la tienda. Esto disgustaba á su padre y á su hermano, los cuales le dijeron repetidas veces que no fuera á fastidiarlos. Un día lo vieron venir de lejos, y el muchacho, aconsejado por el padre, cerró la puerta de la tienda, fué al piso de arriba, se asomó á la ventana, y con una caravina mató á su hermano desprevenido.

—Hace pocos dias ocurrió en Maine un asesinato tambien notable por la edad del homicida y de su víctima. Fué el primero un muchacho de once años, la segunda una niña de la misma edad; la causa, simplemente la maldad del muchacho, que lo movió á matar á su compañera de juego como hubiera podido moverlo á darle un abrazo.

No acaba aquí la epidemia criminal que se ha apoderado de los representantes de *young América*. Un niño de seis años, que por su gracia y su vivacidad era la delicia de sus padres, pobre gente de color que vive en un ingenio cerca de Vicksburg, mató á un hermanito de pocos meses, aplastándole la cabeza con un ladrillo, mientras los padres estaban fuera de la casa, y despues llevó el cadáver á un bosque vecino, regresando muy tranquilamente á jugar con sus compañeros, á los que les dijo con infantil candor: «He matado hermanito.» Los celos que tenia ese monstruo de precocidad de las caricias que sus padres hacian al infante, fueron la única causa de ese inconcebible crimen.

—Y para que sea completa la escala en esta tabla de criminales precoces, Nashville ha producido uno que á la tierna edad de veintitres meses ha matado á su nodriza, tirándole, en un berrinche, una botella á la cabeza.» (*La Concordia*.)

LA PROPIEDAD DE LA IGLESIA CATOLICA EN SAN FRANCISCO.—Esta consiste en templos, hospitales, asilos, conventos, etc. su total valor es ps. 2.740,460, y subirá notablemente con la próxima ereccion del nuevo templo Católico para los Hispano-Americanos. (*La Esperanza*.)

MISIONEROS MARTIRIZADOS.—«25 jóvenes misioneros españoles dominicos procedentes del Convento de Ocaña (España) han sido últimamente martirizados por los chinos en Conchinchina. Uno no murió.»—(*El Crepúsculo*.)

ESCUELA DE ADULTOS.—Ha sido fundada en S. Juan de Ayende, con un éxito muy feliz, por el digno Párroco de Nava, D. Juan E. Lozano. Concurrén á ella diariamente con toda puntualidad á recibir instruccion de las siete á las diez de la noche 40 adultos. (*La Luz de Monterey*.)—RR.

Sábado 30 de Agosto de 1873.

EL CATOLICISMO Y LA FE.

[CONTINUACION. VEANSE LOS NUMEROS XIV Y XV.]

§ II

Molesto debe ser para nuestros lectores el que proponiéndonos tratar algun asunto que por su naturaleza requiere amplitud y por lo mismo debe desarrollarse en varios números de nuestro periódico, se encuentren repentinamente con una interrupcion, y en vez de que la «Religion y la Sociedad» continuara con lo que tenia pendiente, aparezca ocupándose de cosas muy diferentes, y hasta despues de haber publicado uno, dos ó mas números, reasuma la discusion del primer punto que se habia propuesto. Pero esperamos ser dispensados en esta parte, porque la culpa de estas interrupciones no está en nosotros, sino que ellas dependen absolutamente de las circunstancias en que nos encontramos, en que los ataques á nuestra santa Religion presentan un aspecto muy distinto del que habian tenido en otros tiempos, extendiéndose ahora á multitud de dogmas que se respetaban antes de la infeliz época que atravezamos, antes que el protestantismo se presentara entre nosotros sin disfraz, con el decidido proyecto de hacer prosélitos y formar sectas: hoy en un solo papel protestante que se publique se dicen tantos errores, que para dilucidar debidamente todos los puntos que en él se resuelven en sentido anticatólico, se necesitaria un volumen considerable; ademas de esto se hacen circular cuadernos en que se propalan los mismos ú otros errores distintos de los que se hallan en los periódicos, añadiéndose tambien á todo esto los ataques dirigidos á la Iglesia por otros periódicos mexicanos de la escuela liberal. Siendo tal el sistema que se adopta contra la Religion, no podemos proponernos una serie ordenada de materias que ir discutiendo: necesitamos atender á donde de preferencia se llama la atencion, y por esto tambien serán inevitables las interrupciones en el desarrollo de los puntos que requieren ser tratados con alguna extension. Esto nos ha sucedido respecto del que ahora reasumimos, así como tambien respecto de la impugnacion del herético discurso calumniosamente atribuido al Sr. Strossmayer, que tambien continuamos: se hicieron circular cuadernos contra la confesion; se encendió en México la cuestion sobre la causa de Galileo y fué preciso ocuparnos de ambas cosas. Proseguimos pues nuestro artículo intitulado el «Catolicismo y la fé.» en que nos hemos propuesto demostrar que solo la Religion Católica satisface cumplidamente la grande necesidad intelectual y moral que tiene el hombre de la fé.

Pequeñas son las fuerzas de la humana inteligencia; difícilmente y muchas veces solo con largo espacio de tiempo logra llegar al conocimiento de una verdad importante; y á la dificultad, á la lentitud y á lo penoso del trabajo que necesita para elevarse á las grandes verdades, se añaden frecuentemente la oscuridad en la percepcion de esas mismas verdades, la inseguri-